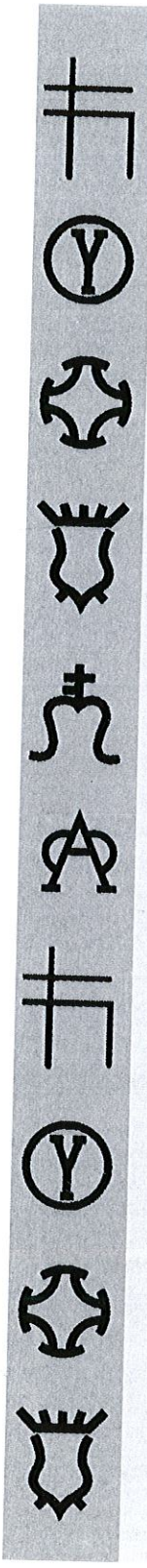


LENGUAJE Y FÉMINAS

No soy antifeminista y mi respeto a la mujer es tan amplio y grande como mi devota admiración. En una ocasión, ya lejana, un grupo de encantadoras “progres” me tildaron en Gaceta Lucentina de “caballero galante”. Y digo me tildaron porque si bien caballero galante, escrito así, parece no contener ninguna carga peyorativa e incluso podría interpretarse como un elogio, la verdad es que su intencionalidad hiriente estaba clara pese al significado literal. En el lenguaje escrito no ocurre como en el oral, que las inflexiones de la voz pueden dar matices y distorsionar los significados de una misma palabra. Una vez preguntaron al académico P.A. de Alarcón si alguien podía ofenderse por que le dijeran “caballero” y él, muy rápido, contestó que la respuesta correspondía no a la Real Academia de la Lengua sino a la de la Música.

Todo esto viene a cuento de que con ese ya crónico sarampión igualitario de nuestras queridas compañeras de viaje por este mundo, y con el bobo seguidismo de cuatro intelectuales de pacotilla, el idioma lleva camino de convertirse, si no en un galimatías, sí en algo feo, monótono y sin armonía y, por consiguiente, sin belleza. Ello ocurre, de forma acusada, en nuestros políticos; y como cuanto dicen, sea tonto o ingenioso, gracias a los “mass-media” tiene resonancia y propagación grandes, tal vez desorbitadas para el mensaje, pues la gente los imita hasta extremos ridículos. Díganme si no es estremecedor cuando escuchamos





esos espléndidos comienzos de mítines con “ciudadanos y ciudadanas”, “españoles y españolas”, o con el inefable “jóvenes y jóvenes”.

La cosa ha pasado al mundo burocrático y comercial, como no podía ser menos, y cualquier impreso, carta o circular están jalonados de niños/niñas, alumnos/alumnas, usuario/usuaria, etcétera, etcétera, hasta un casi infinito bosque de barras y géneros, a veces solo insinuados por las terminaciones, que acaban por marearnos y nos despistan del contenido o fin perseguido, en un pésimo remedo del inconfundible Umbral, que maneja el juego de opciones con inteligencia y picardía únicas.

Este afán por resaltar la existencia de los dos sexos en todo, como una reivindicación de la mujer que se ha sentido marginada –y no dudo que así haya ocurrido con bastante frecuencia, aunque no de forma exclusiva, bueno es recordarlo– puede, sin embargo, llevarnos a situaciones un tanto cómicas. Téngase en cuenta que el lenguaje se ha formado a lo largo de muchos siglos y con influencias diversas y opuestas. A título de ejemplo, recuérdese que muchos nombres se usan para ambos sexos y si tratamos de indicar con nitidez a quien nos referimos, habría que escribir homicida/homicido, pianista/pianista, guardia/ guardia, brigada/brigado, criatura/criatura, persona/persono, máscara/máscara.... Lo mas sensato es utilizar los instrumentos que el idioma nos ofrece y usar los artículos y pronombres que nos aclaran con certeza de quienes hablamos y a quienes nos dirigimos. Por otra parte más

igualitario y menos discriminatorio parece el designar con una única palabra al hombre y la mujer, como ocurre en algunos de los ejemplos anteriores.

Mi respeto, admiración y, repito, devoción por las adorables compañeras en este mundo, no me van a impedir criticar el exceso en sus pretensiones respecto al lenguaje y, de forma acerba y feroz, a los estúpidos/ignorantes que en sus expresiones usan y abusan de las susodichas barritas en una malentendida modernidad política. Tenemos la suerte de poseer una de las lenguas mas bellas y mas habladas del mundo, y como bien común debemos conservarla con mimo y utilizarla como espléndido instrumento de comunicación y entendimiento, no convertirla en campo de batalla reivindicativo, sembrándola de palotes y repeticiones inútiles e innecesarias.

Miguel Molina Rabasco

